

MAÑANA día 8 de enero de este año 1976, mi madre, quien al igual que el Rey don Juan Carlos I, nació bajo el signo de Capricornio, cumplirá 70 años.

El caso de mi madre prueba elocuentemente una verdad ya reconocida por Eurípides: «Entre todas las estaciones hermosas ninguna más hermosa que el otoño», y su belleza imperecedera hace evocar también el ejemplo de Alcibiades, el amigo de Sócrates, cuya belleza floreció en todas las etapas de su vida.

Algunos coruñeses maduros recordarán a María Victoria Fernández Latorre y Ozores cuando, joven viuda de 20 años con sus largas tocas negras, tenía prácticamente el paso de todos los transeúntes por la Marina o los Jardines de Méndez Núñez (a la sazón la gente de luto no solía pisar la calle Real).

Bastantes coruñeses han de recordarla ya muy semejante a como es ahora; hace unos años y en una votación popular llevada a cabo por una radio local, fue elegida como la «la mujer más elegante de La Coruña», recibiendo en prenda de esta elección un espejo de plata en el que mi madre nunca se pudo mirar sin encontrarse horrible.

Pues ha sido siempre condición de esta mujer tan admirada una gran humildad temperamental que le hace a veces comenzar sus frases: «Para una persona tan inculta como yo», o bien: «Si se nos permite hablar a los ignorantes». Esta profunda, auténtica e inesperada humildad contribuye de una manera poderosa a reforzar un encanto el cual, a su vez, halla respaldo en una fuerte gracia personal que mamá sin duda heredó de sus antepasados Ozores.

El matrimonio formado por Juan Fernández Latorre y Felisa Ozores de Prado tuvo dos hijas, Felisa y María Victoria; la segunda recibió el nombre

# MI MADRE CUMPLE 70 AÑOS

de su madrina, María Victoria Montero Ríos, Marquesa de Alhucemas. Nacieron ambas niñas cuando sus padres eran personas muy maduras y doña Felisa había cumplido ya los 43 cuando alumbró a la segunda, mientras don Juan Fernández Latorre tenía unos 56 años. Esta madurez se acentuaba debido a la severidad de los tiempos y doña Felisa tenía un aspecto venerable y su esposo largas barbas de color blanco.

Como Fernández Latorre, hace setenta años, era gobernador civil de la capital, fue en un palacio del viejo Madrid donde nació mi madre; y luego mi abuelo, que chocheaba con las niñas, solía despachar sus asuntos oficiales teniendo a la pequeña debajo de la mesa y metida en un cesto.

Tuvieron ambas chiquillas y sobre todo la segunda, una educación poquisimo convencional. Mamá sólo fue al colegio media mañana y en curiosas clases hogareñas aprendieron una serie de cosas perfectamente inútiles pero muy gentiles. Tenían una institutriz francesa también muy extravagante que dormía con una mortaja debajo de la cama, a fin de estar preparada para su cercana muerte, y la mortaja parecía abuyentarla dado que dicha señorita vivió hasta alcanzar una edad bíblica.

La juventud de Felisa y de María Victoria, una vez muerto su padre, iba a tener siempre un marco armonioso. Pasaban los inviernos en un hermoso piso madrileño situado frente al Teatro Real y el largo verano las encontraba en el Pazo de Miraflores, antigua residencia de los reyes suevos

de Galicia, que es un lugar de ensueño

La viuda de Juan Fernández Latorre era un poco como una madre abadesa y, semejante a Tolstoi, tenía voto de pobreza personal, pero no obligaba en su rigida renuncia a las jóvenes, que pronto atrajeron aquellos halagos que habitualmente se rinden a las gentes jóvenes, bellas y ricas pues, en aquel tiempo en que aún había fortunas, también se las consideraba afortunadas.

Si yo tuviera que definir a mi madre con tres palabras elegiría: «belleza, inteligencia y bondad», o tal vez deba revertir estos conceptos y el último revelarse como el primero. Ese corazón tan grande como una casa ya se le conoció desde niña. Epoca de escaseces y de mendigos, nunca María Victoria, o «Totorá» como familiarmente se la llamaba, salió a la calle sin llevar un monedero lleno de «perras gordas», «perras chicas» y reales que distribuía graciosamente al pasar. Una vez, siendo joven-cita y hallándose en un palco en el Real, se le cayó dicho monedero al patio de butacas y durante el resto del concierto cada pocos minutos se abría la puerta del palco y se presentaba un joven con un «patacón»: «Tome señorita, esto que se le ha caído».

Mi madre tenía unas 10 pesetas y le devolvieron 23.

Esta bondad se imbrica en tal forma con la inteligencia que ambas parecen inseparables de su persona, como lo es también la piedad. Mujer de una gran religiosidad, la piedad configura la existencia de mi madre y ella ha sido

Por VICTORIA ARMESTO

posiblemente culpable de que no se sintiera airada por la II República a la que, en el caso de haber ésta mantenido y respetado la antigua espiritualidad, hubiera podido muy bien pertenecer, siguiendo las pautas de la tradición paterna. Mamá es particularmente devota de la Virgen de los Dolores de La Coruña, a la que donó su mejor broche; es devota del Cristo de Medinaceli, del milagroso Niño de los Remedios y, cuando tiene algún asunto de negocios, siempre se lo encomienda a San Nicolás de Bari.

La vida adulta de María Victoria vino a transcurrir en el curso de estos casi cuarenta años de franquismo en los que ella, siempre al margen de toda actividad oficial, desarrolló una intensa vida social; pero yo siempre pienso que si España en este tiempo hubiera sido una Monarquía liberal o una República democrática mamá siempre se hubiera destacado dado que su hechizo personal nunca ha dependido de ningún favor y dado que es muy difícil acercarse a ella y permanecer indiferente.

Si mamá tiene algún enemigo ha de ser lejano, pues su sola presencia y ya no digamos su conversación concita de inmediato la sonrisa.

Ella hechizo actúa sobre todos cuantos se le acercan o la sirven. Su cocinera lleva con ella cuarenta años, treinta y cinco la doncella. El chófer, que había entrado para guiar el coche de caballos, murió en su casa y está enterrado en el panteón familiar.

De sus éxitos sociales mi madre se aprovechó generosamente para hacer múltiples favores y recomendaciones innumerables y este increíble cúmulo de desvelos, que se ejercían sin ninguna discriminación, forman el aura o trasfondo carismático de su persona.

A estas condiciones de carácter moral se une, visiblemente, la elegancia en la que mi madre ha mantenido siem-

pre dos principios: no pretender parecer demasiado joven y ser fiel a su propio estilo. Siguiendo el primero, siempre ha rechazado las modas extravagantes cual la maxi o la mini falda y, por supuesto, el pantalón. Sus colores predilectos son el negro, el gris y el malva. Le gustan los trajes de chaqueta muy bien cortados, los buenos bolsos, los zapatos de tacón alto. Le gustan los trajes de vestir negros, con algún adorno que puede variar según los tiempos y las modas pasando del azabache, a los flecos o bordados.

Este verano último, mientras mi madre iba por el Riego de Agua, se le acercó un señor desconocido que le dijo lo siguiente:

«Señora, la felicito me felicito por ver a una mujer bien vestida»

Mi madre siempre ha sido una belleza rubia y, sin llegar a opulenta, llena. Sigue llevando el pelo teñido, pero de un color tan blanco que casi parece natural. Sus piernas son más bonitas que las de Marlene

De sus dos matrimonios, en segundas nupcias contrajo matrimonio con Emilio Rey, mi madre ha tenido cinco hijos, tres mujeres y dos hombres.

Mis dos hermanas, María Josefa y Paloma, se le parecen por su tipo rubio; yo quizá la recuerde en algunos aspectos vitales y espirituales, si bien no la alcanzo en los extremos de su virtud.

Estoy convencida de que mi madre hubiera podido proyectar su personalidad en actividades literarias y sociales bastante mejor que yo; en cambio me temo que yo no sería nunca capaz de bordar o calcear como ella. Mujer de una gran actividad, siempre está ahaciendo algo y, mientras ve la televisión a la que es muy aficionada, calceita interminables chaquetas de punto que luego son distribuidas entre niños de pescadores.

Esta feliz efemérides de sus 70 años a mi madre la pilla en Madrid, donde a ella siempre le gusta pasar temporadas.

Para celebrarlos nos reuniremos una parte de la extensa familia (María Victoria y Felisa tienen 42 primos hermanos) y también algunos amigos. Entre los que ya han anunciado su presencia figuran los Grandes Duques de Rusia.

## EL CONCEJAL VIGUES SEÑOR NIETO RECIBIO UN CERTIFICADO DE SU MOCION DE AMNISTIA

Había sido formulada en la Comisión de Gobernación y aprobada por ésta para presentarla al Pleno

VIGO. — (De nuestra Delegación).

A petición del concejal por representación familiar don Antonio Nieto Figueroa, el alcalde de Vigo ha entregado a éste una certificación en los siguientes términos:

«Don Juan García-Artime y Rollán, secretario general accidental del Excmo. Ayuntamiento de Vigo, certifico:

Que la Comisión de Gobernación, en sesión celebrada el día 20 de diciembre de 1975, formuló al pleno del Excmo. Ayuntamiento, como asunto de urgencia, asistiendo como presidente el señor Fernández Castro y como vocales los señores Corredera, señora González Bermello, Nieto y Rúa, el siguiente dictamen:

A propuesta del concejal Nieto Figueroa la comisión propone que por la Excelentísima Corporación se solicite de S. M. el Rey, a través del Presidente del Gobierno, amnistía por de-

litos políticos y se permita el libre regreso de los exiliados».

A raíz de la celebración del pleno ordinario del pasado 23 de diciembre, en el que el alcalde había presentado una moción de urgencia solicitando la aplicación española, con carácter retroactivo y pidiendo por tanto amnistía; el señor Nieto Figueroa había hecho unas declaraciones en el sentido de que tal moción había sido ya acordada por la Comisión de Gobernación a propuesta suya, de tal modo que la paternidad de la idea no correspondía al alcalde.

Días después el señor Nieto se personó en el Registro General del Ayuntamiento para formular una solicitud de que se le facilitase certificación del acta de la mencionada sesión, advirtiéndole de que se presentaría a recogerla acompañado de un notario, de no recibir pronta respuesta, circunstancia que no fue precisa.

